



¿JUICIO INAPELABLE?

J. R. Aramberri

La biografía política de Santiago Carrillo que acaba de publicar su antiguo amigo y compañero de partido, Fernando Claudín, merece especial atención. No tanto por lo que en ella pueda encontrar el buscador de anécdotas picanteras o simplemente curiosas, que se sentirá notablemente defraudado; tampoco por lo que en ella pueda haber de desahogo personal de quien ha visto a aquel que le expulsó del PCE por divergencias ideológicas convertirse en defensor de las consecuencias de aquella ideología, pues hay

poco de esto; la especial atención que, a mi entender, merece el libro viene de que es uno de los escasos intentos de entender con seriedad el fenómeno reciente e inesperado, sobre todo por los creadores de su línea política, de la crisis espectacular en que este partido se ha visto envuelto en los dos últimos años.

Debo adelantar que el trabajo de Claudín no ha conseguido convencerme en este terreno y que su juicio inapelable me parece que merece el respeto de poder ser discutido. Que no se vea en ello la menor defensa de Santiago Carrillo en cuanto personaje de la historia. Siempre que he podido manifestarme sobre ello, he opinado que Carrillo ha sido una desgracia para la izquierda de este país y su caída, tardía y aparentemente incompleta, la he recibido con la natural satisfacción de que han hecho gala otros muchos. Pero las razones del juicio ne-

gativo que su actividad política merece son, a mi parecer, muy otras de las que inspiran a Claudín.

Si lo he entendido bien, para Claudín las causas del desastre del PCE han de buscarse en su historia y, sobre todo, en fechas recientes: el período 1962-64. En esta fase, como es bien sabido, comienza una batalla política interna que se salda con las expulsiones del propio Claudín, J. Semprún y otros cabezas de chorlito. La causa inicial, el fracaso de la huelga general anteriormente convocada por el PCE contra la dictadura franquista. Como suele ser habitual en estos casos, el fracaso lleva a una discusión entre quienes no quieren verlo e, incluso, tratan de presentarlo como una victoria y quienes se resisten a comulgar con ruedas de molino e indagan sus causas en la reflexión y la puesta al día de los esquemas inválidos.

Pero la crisis del PCE no puede explicarse solamente en estos términos y Claudín es el primero en aclararlo. En efecto, como tantas veces ha sucedido en la historia de los PCs europeos, la fracción vencedora en la lucha se apodera de las ideas de los camaradas de ayer, hoy traidores a la causa proletaria, y utiliza sus análisis estratégicos. Las ideas de Carrillo durante los últimos quince años han recogido los temas principales de Claudín-Sánchez.

¿Entonces? Junto a esos análisis renovados y a posteriores ampliaciones de los mismos en temas como el de la democracia y la vía europea al comunismo, esa olla podrida que se dado en llamar eurocomunismo, el PCE de Santiago Carrillo ha tenido una evolución poco clara en sus relaciones con el Gran Hermano del Este y no ha cambiado un ápice su concepción estalinista del Partido. En resumen, para Claudín las causas que explican decisivamente la crisis del PCE son factores de orden internacional y organizativo.

No hay duda de que ambos conjuntos tienen un peso notable. Pero conviene apreciarlos en su justa medida. A mi entender, los factores organizativos raramente son determinantes de las crisis de los partidos. Lo que sucede es que son la cancha en que finalmente se expresan las batallas políticas internas, pues quien se haga con el aparato tiene grandes posibilidades de imponer sus propias soluciones a la crisis. Los factores organizativos se limitan a agravar o hacer más sencilla la solución de las crisis y tienen por ello una importancia de segundo grado. La estructura rígida del modelo estalinista de partido juega siempre en el sentido de agravar la crisis y

hacer inevitables las expulsiones y escisiones que se resuelven en medio de acusaciones mutuas de fraccionalismo y excomuniones, si es que antes la sangre no llega efectivamente al río. Pero la falta de democracia interna, hasta la fase final, no suele ser nunca un factor decisivo en la crisis. Más aún, en el caso concreto del PCE, hasta el X Congreso hubo una amplia libertad de expresión interna, seguramente más fruto de la necesidad que de la virtud. Era el precio de no precipitar la ruptura o de no considerarla aún inevitable: era más una concesión que un derecho efectivo, sin duda. Pero conviene no olvidar que, hasta la reciente Conferencia de Organización del PSOE, la disidencia era un hecho punible en ambas organizaciones de izquierda. Sin embargo, el PSOE, lejos de diluirse por ello, se fortaleció.

La relación con la URSS y el PCUS tampoco lo explica cabalmente. Es lógico que Claudín, que ha conocido muy de cerca aquella sociedad y lo que significaba el estalinismo, carezca de simpatía por las formas de vida que en ella se manifiestan. Lo mismo nos pasa a quienes creemos que el socialismo ha de ser algo más que la dictadura sobre las necesidades. Pero, según me parece, la crítica de Claudín corre paralela a la mitificación rechazada de la URSS como patria del verdadero socialismo. Me explicaré. Si en la URSS no hay un gramo de socialismo ni de libertad, que no lo hay, y sí conviene, como conviene, hacer un examen a fondo de lo que realmente allí sucede, parece claro que ese examen debe buscar los matices. Si, en efecto, la URSS se comporta como una gran potencia en la arena internacional, nada sacaríamos con negarlo, pero tampoco estaría

de más subrayar que, hoy, en la mayoría del mundo las amenazas de la paz vienen de otro lado o que la carrera de armamentos en la que Reagan quiere embarcar al mundo occidental es lo más peligroso. Estas cosas las dicen gentes como G. Kennan sin por ello sentar plaza de simpatizantes de Andropov. Bien está exigir de todos los que defienden el socialismo una neta delimitación respecto de la URSS, pero llamando pan al pan y vino al vino. Si algo ha hecho el PCE en los últimos años ha sido, precisamente, negarse a matizar. Por otra parte, hay que tener un concepto seguramente demasiado elevado del internacionalismo de los trabajadores y los intelectuales españoles para pensar que este asunto de la URSS haya sido elemento clave en la crisis del PCE.

¿Entonces? Mi convicción no coincide con la de Claudín y pienso que el factor principal en la crisis del PCE carrillista, sin despreciar ninguno de los anteriores, hay que buscarlo en otro lugar, a saber, en las deficiencias de su estrategia política. El PCE sale de la dictadura como la fuerza mejor organizada de la izquierda, con centenares de cuadros obreros, estudiantiles, intelectuales y profesionales experimentados y curtidos en la clandestinidad. Cuenta con una influencia notable en el movimiento de masas que, si no era tan considerable como algunos pensábamos entonces, no era tampoco la minoría que refleja Claudín. Más aún, lejos de buscar el refuerzo de esa potencia, el PCE, según la estrategia de Carrillo, aceptó limitarla, privilegiando la vía del pacto con la derecha a la vía de una negociación basada en la fuerza que le hubiera dado la movilización. Así de simple.

De esta forma, el PCE contribuyó a delimitar un espacio de juego político que no podía sino terminar por excluirle. Con el espejismo de Thorez y, sobre todo, de Togliatti y la ridícula idea de que su papel podía repetirse en una España muy distinta de la Francia o la Italia de la Resistencia, o de que los Gobiernos de coalición de la postguerra habían sido un regalo caído del cielo. Carrillo se aprestó a ocupar una cartera en el Gobierno Provisional, cartera que, siendo las circunstancias, no podía por menos de escapársele.

Esto, evidentemente, no lo afirmaría Claudín. Por el contrario, él nos advierte que entregarse a estas suposiciones sería caer en una ucronía sin sentido. Aparte de que se pudiera objetar, con serios metodólogos de las ciencias sociales (el primero Max Weber en su teoría de la probabilidad objetiva) sobre lo infundado de esa negativa a la ucronía, lo cierto es que otra cosa sería caer en el más estrecho de los objetivismos o sociologismos. Pues, si no se podía hacer otra cosa distinta, ¿a qué hacerle a Carrillo pagar el pato de la situación? Y si, por el contrario, de algo es responsable, por qué no abrir la discusión sobre el tema de su actuación en la transición. Claudín, incluso, alude a ello cuando con razón se extraña de la increíble actuación del PCE a raíz de los pactos de la Moncloa, o critica su sectarismo anti-PSOE o maldice de la escolástica vanidad que llevaba a Carrillo a creer que «los acontecimientos nos han dado la razón». Pero, a mi entender, su explicación es deficiente.

Líbreme Dios de tratar de enmendar la plana a nadie, pero no quisiera acabar sin

hacerme una pregunta cuya respuesta no tengo: ¿cree alguien de verdad que si, en 1977, el PCE no hubiera sido legalizado, si se hubiera negado a participar en unas elecciones en las que no se contara con él, la operación Suárez hubiera podido llegar a puerto, hubiera podido el PSOE participar en un régimen que así excluyera a los comunistas? ¿Hizo jugar alguna vez a fondo el PCE la fuerza que le daba ese relativo poder de veto, se preocupó por ampliarlo, lo hizo pesar socialmente? En cualquier caso, negarse a plantear estas cuestiones sería un mal paso metodológico. Las cosas para el PCE han sido suficientemente malas tal y como se han desarrollado. ¿Hubieran sido peores de haberse propuesto hacerlas de otra forma?

Fernando Claudín. *Biografía de Santiago Carrillo*. Editorial Planeta. Madrid, 1983.

FEMINISMO IN VITRO

Miguel Porta

La mujer como clase social y económica. El modo de producción doméstico y La reproducción humana constituyen los dos primeros volúmenes de *La razón feminista*¹, obra con la que Lidia Falcón pretende —en sus propias palabras, no exentas de iluminismo y dogmático— dar el paso del «feminismo utópico al feminismo científico» así como

fundamentar el «conocimiento científico del feminismo revolucionario». A estos dos volúmenes iniciales han de seguir otros dos que versarán, respectivamente, sobre la sexualidad y el trabajo doméstico.

La obra de Lidia Falcón, marcada por un fuerte carácter militante (no puede obviarse su relación con el Partido Feminista), es escasamente crítica para con sus propias tesis al tiempo que descalifica cualquier tesis que contradiga las suyas. En la mayoría de los casos tal descalificación procede apriorísticamente y sin mediar el más mínimo y serio análisis crítico; así, es frecuente despachar con «argumentos» meramente verbalistas y demagógicos («reaccionarios», «entorpecedores», «dogmáticos», «arrogantes», «ignorantes», «mediocres», etc.) teorías y pensadores que van desde Levi-Strauss a Godelier pasando por Amin, etc.

La tesis de Lidia Falcón es la siguiente: la mujer es una clase social y económica, explotada y oprimida por el hombre que, en consecuencia, se constituye en clase antagónica para ella. Para sustentar su análisis se afirma la existencia de un modo de producción doméstico que se define como la «forma y manera en que se producen los bienes y la riqueza precisas para el mantenimiento y la reproducción de la sociedad humana, constituido por la existencia de dos únicas clases, el hombre y la mujer, y la consiguiente explotación sexual, reproductora y productora de ésta». Por lo que se refiere a la reproducción (tema tratado en el volumen 2), la mujer crearía un excedente: los hijos; hijos que tendrían un valor de uso o de cambio del que se apropiaría el padre ya